



Revista Asia América Latina

ISSN 2524-9347

Grupo de Estudios sobre Asia y América Latina
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe
Universidad de Buenos Aires



ASIA Y AMÉRICA LATINA FRENTE AL DETERIORO DEL CONTEXTO GLOBAL

ASIA AND LATIN AMERICA IN THE FACE OF A WORSENING GLOBAL CONTEXT

Asia
América
Latina

4

Fernando Pedrosa

Grupo de Estudios sobre Asia y América Latina, Universidad de Buenos Aires
ferpedrosa@gmail.com

Max Povse

Universidad de Buenos Aires / Instituto Universitario Europeo
max.povse@eui.eu

El 2023 está siendo un año que posiblemente pase a la historia no como uno de los peores, a la manera del 2020 –año de la pandemia– pero tampoco como uno de los mejores. En vez de contrastar con los períodos contemporáneos de tragedia y auge de la humanidad, tal vez sea un año que pasará a la historia por su perspectiva pesimista más que por sus sucesos, sin desmerecer a estos últimos.

Así, el 2023 tal vez contraste mejor con años de grandes esperanzas, como los de la salida de la crisis *subprime* en el comienzo de los años dos mil diez, o también con el 2022, año en el que parecía que los avances alcanzados por la pandemia –como una mayor inversión en salud (y principalmente, en inversión en la investigación biológica) o el trabajo remoto– habían llegado para quedarse. El nuevo año, donde la «normalidad» parece haberse reinstalado por completo promete desinflar las esperanzas de los años de encierro.

Esto ocurre porque nos enfrentamos a cada vez más problemas transversales en el mundo, pero que afectan principalmente a los países que aún no se han desarrollado (y hoy cabe preguntarse si algún día lo harán). Entre estos problemas se debe contar la disparada de la inflación, que no se vio acompañada por un aumento de los ingresos laborales, un desequilibrio que no es nuevo, pero que amenaza con intensificarse.

En efecto, la erosión de los salarios a partir del impuesto inflacionario ha sido común en países latinoamericanos como Argentina y Venezuela desde hace décadas, y si hay algo que el resto de los países de la región ha advertido de estos casos es que no es una situación fácil de remontar. En su lugar, en la mayoría de los casos, una alta inflación combatida con aumentos de salarios produce una indexación de la economía que acaba convertida en círculos viciosos de aumentos salariales que nunca alcanzan el nivel de precios.

Sin embargo, la estrategia ortodoxa de «pisar» la inflación a través del congelamiento relativo de los salarios solo ha hecho más patente una realidad que se viene viviendo desde hace tiempo en las economías en desarrollo y desarrolladas por igual: la desigualdad crece, los costos de vida superan la capacidad de los salarios para hacerle frente, y por lo tanto existe un empobrecimiento generalizado de la mayoría de la población.

En Asia esto se ve reflejado con aún más fuerza en la porción más vital del mercado laboral: los jóvenes. Si bien las economías asiáticas no han sido impactadas por un salto inflacionario del nivel de América Latina, el deterioro del tipo de cambio, el aumento de los precios no contabilizados (o subrepresentados) en las mediciones más comunes –como los bienes inmuebles– y una economía sostenida por la jerarquía del lugar de trabajo, ha hecho que los salarios reales de los jóvenes asiáticos se asimilen al de los latinoamericanos, al menos en términos relativos.

Esta situación se potencia a partir de una contracción de los mercados laborales, en particular en su sector más vulnerable: nuevamente, la juventud. Aún en aquellos mercados que mantienen un nivel bajo de desempleo no debe dejar de considerarse la problemática del crecimiento del subempleo, es decir, aquella oferta laboral que, ya sea por su carga horaria o por su nivel salarial, no alcanza a cubrir las necesidades básicas del empleado.

En esta situación, cada vez más jóvenes en todas partes del mundo deciden postergar su independencia del hogar familiar, ya no por razones puramente relacionadas con sus planes de vida, sino por un motivo mucho más mundano: la incapacidad de costear un plan de vida autónomo en sí. Esto, a su vez, impacta de lleno en las tasas de fertilidad, que han acelerado su descenso en particular en Asia y América Latina, que siguen siendo regiones de emigración, y que deja vislumbrar graves problemáticas a futuro.

La particularidad del declive chino

Lo que suceda en Asia con estas dinámicas perniciosas será determinante para un sistema cuyo eje se viene desplazando hace ya varias décadas desde el Atlántico hacia el Indopacífico. En lo que va del año, las noticias provenientes de China no han sido muy alentadoras para el proyecto de expansión del gigante asiático. Y no lo han sido en varias áreas, sino especialmente en los asuntos económicos.

Si bien la tradicional opacidad en el manejo de la información no permite formar una opinión acabada sobre los resultados de la gestión estatal, los organismos internacionales, las empresas privadas, incluso algunas pistas que surgen del propio gobierno chino muestran que no estarían atravesando un momento de buena salud en términos económicos. Tomando como comparación los resultados obtenidos en este mismo trimestre, pero del año

2022, China creció apenas un 0,8% y esto es así como resultado de una doble caída, tanto en la demanda externa como en la interna. Incluso, está puesto en duda que pueda alcanzar su previsión de crecimiento de 5% que ya había sido modificada a la baja.

Las dudas globales frente a la solidez de la economía china expresan aprensión no solo por una caída interna, sino también por tratarse de una amenaza para un mundo interconectado, y en el que un resfrío de la potencia asiática puede terminar en una gripe en todo el mundo. Más allá de lo circunstancial, puede que las nuevas generaciones deban encontrar su rumbo en un mundo más impredecible, donde el ascenso imparable de la economía china sea una certeza caduca.

Insólitamente, de la numerosa literatura académica en el tema, las intervenciones públicas de los sinólogos continúan manejándose en un nivel de fantasía, ideología e idealismo que ignora la situación real, propiciando un debate en términos de países sur-sur, como si China tuviera un nivel de desarrollo similar al de Malasia, Sudáfrica o Argentina. Como si no fuera un país con un poder económico y militar de primera magnitud.

Políticamente, no le está yendo mejor. Si bien la democracia y la libertad de expresión no han sido nunca características del régimen chino, durante muchos años, sobre todo con el posmaoísmo, la vida de las diferentes tendencias del partido, sus discusiones y enfrentamientos –incluso electorales a niveles municipales– y una gama importante de diferencias entre sus dirigentes, daban a la estructura montada en torno del Partido Comunista una vitalidad que tenía repercusiones positivas para la calidad de la gestión.

Eso se fue oscureciendo con el tiempo y más con la llegada de Xi Jinping al poder, y se escenificó con un corte abrupto en último Congreso del Partido Comunista. El *affaire Hu Jintao* y la hegemónica conformación de los organismos de gobierno anunciaron al mundo que Xi había decidido recorrer con decisión y velocidad el camino autocrático. Esto también implicó cortar los debates internos que se estaban dando, quitar su influencia benéfica en la calidad y los resultados de la gestión para colocarle el peso determinadamente en la lealtad de los gestores.

Xi puso decididamente sus ambiciones personales y a la política del Partido por sobre el resto de las cosas. La anunciada vuelta al maoísmo implicó, a la vez, el retorno a la idea de la supremacía de la política por sobre la economía. Los resultados no tardaron en verse. Si bien ya la política de COVID cero había traído grandes problemas, China no solo no logró recuperarse de ella y pasar a la iniciativa, sino todo lo contrario.

Como es clásico en este tipo de regímenes basados en la autocracia y en el liderazgo personalísimo del líder, frente a las dificultades crecientes que empieza a arrojar la realidad, la incapacidad de gestionar eficientemente, y la vulneración de cualquier tipo de derechos, los malos resultados tienden a ser

rechazados: «las cosas salen mal porque hay enemigos externos (y sus representantes internos) que conspiran para evitar el destino de grandeza que representa el líder».

La respuesta china frente a su propia crisis ha significado necesariamente un mayor aumento del nacionalismo, de la belicosidad discursiva, de la acción militar con sus vecinos, especialmente con Vietnam, Filipinas, India y Taiwán y, muy particularmente, el deterioro de su relación con las potencias occidentales.

Un segundo punto problemático que está rondando tiene que ver con cómo el aumento de estos desafíos económicos y sociales en China se pueden traducir en la posición geopolítica del país. Es decir, en la necesidad de mostrar iniciativas nacionalistas para ocultar los malos resultados de la economía. En especial, en relación con Taiwán y el Mar de la China Meridional. La invasión rusa a Ucrania nos muestra en tiempo real la rutinización de la destrucción económica, cultural y de vidas humanas que instrumentan los autócratas en sus campañas nacionalistas. En este sentido, los discursos y proyectos chauvinistas en Asia también representan una amenaza para las nuevas generaciones.

Por otra parte, China no es un país que ante cualquier aventura que quiera comenzar encuentre enseguida una red de países afines que, por tradición, ideología o lealtades puntuales, sean sus fieles laderos o aliados. Más bien lo contrario, en su propio vecindario solo cosecha desconfianzas. Como muestra de eso, se puede ver que Vietnam está abordando una posible alianza estratégica integral con su antiguo enemigo, los Estados Unidos. Vietnam y China tienen vínculos complejos desde hace miles de años. Ni siquiera la cercanía de sus regímenes políticos logran romper esa relación conflictiva que llegó a escenificarse violentamente en las aguas en disputa y con varios soldados vietnamitas muertos.

Al elevar la calidad de la alianza con Vietnam, la administración de Joe Biden dio un paso muy importante en la región, que debe leerse además con la consolidación de la relación estratégica que poseen con Indonesia y la formación del Diálogo de Seguridad Cuadrilateral (QUAD) junto a la India, entre otros países del Indopacífico. En este punto, el anuncio hecho en el G20 realizado en India sobre la creación de un corredor similar a la Iniciativa de la Franja y la Ruta, pero de países con posibilidades de solventarlo, desde la India, pasando por Medio Oriente, hasta Europa, resulta un anuncio que, de concretarse, puede traer nuevos dolores de cabeza a Xi.

Aún más, el ingreso de la Unión Africana al G20, a priori, puede verse como un éxito para Rusia y China, pero es más una forma de darle otro nivel de interlocución a la región ante el avance tipo langosta que están protagonizando los chinos y rusos en sus territorios. Los golpes de Estado en Malí, Níger y Gabón son solo síntomas de esa situación, y de una informalidad

que está dejando aislado a los gobiernos africanos, indefensos y en situaciones aún más ruinosas de la que ya se encontraban.

A esto, se suman las renovadas críticas de Italia, el socio europeo más importante de la Iniciativa de la Franja y la Ruta, y que probablemente deje de serlo dentro de poco tiempo. Como corolario, continúan los problemas de China con la India, muchos de estos inexplicables, pero que demuestran que en estos últimos tiempos toda la política regional del gobierno de Xi ha sido contradictoria.

Por un lado, ha aumentado la intensidad de su discurso identitario sobre el Sur Global como una forma de enfrentar el liderazgo norteamericano y europeo, sobre todo en África y América Latina. En este punto el relanzamiento de los BRICS, con el aumento de los países miembros, ha sido una importante movida en pos de este objetivo. Sin embargo, al mismo tiempo que se llevaba a cabo este relanzamiento, el Gobierno chino difundió un mapa oficial del país en el cual se arrojan directamente los territorios en disputa con gran parte de sus socios del Sur global, incluso contra fallos de tribunales internacionales. Si bien podría argumentarse que esto es algo natural en los países, no se encuentra el sentido de hacerlo simultáneamente con la ampliación de los BRICS, y a semanas de la cumbre de líderes de ASEAN.

En este sentido, otra contradicción con respecto a la tan declamada política sobre el Sur Global es la ausencia de Xi tanto en la reunión de ASEAN en Indonesia como, sobre todo, en el G20 en la India. Sin mayores explicaciones, y en el marco de múltiples rumores, lo único que puede ser tomado con certeza es que fue un intento de que la cumbre de la India no le diera más protagonismo a su socio Narendra Modi. A diferencia de Xi, Modi estuvo presente en la reunión de ASEAN, y también lideró la reunión del G20 que se hizo en su país.

Asia en clave protagónica

En este contexto, India –aun con contradicciones, ambigüedades y múltiples problemas desde el surgimiento del liderazgo de Modi y rompiendo su tradicional política aislacionista– se ha convertido en un importante actor de la geopolítica regional y, también, de un poco más allá. Al mismo tiempo, se siente cómoda sosteniendo un pragmatismo propio de su tradición diplomática, un intento de independencia estratégica que la lleva a integrar la Organización de Cooperación de Shanghái y los BRICS, y al mismo tiempo acelerar su relación con Estados Unidos en el QUAD para contrastar al poder chino. Como contrapartida, desde la llegada al poder de Modi, la democracia india ha comenzado a retroceder, el nacionalismo hindú ha ocupado un lugar preponderante, y los derechos de las minorías y opositores políticos han sido permanentemente vulnerados.

En los países del Sudeste Asiático también ha sido un año con mucho movimiento. Estos también continúan con su estrategia de bloque a través de la ASEAN, donde Indonesia está teniendo cada vez mayor peso como potencia regional. En este sentido, no solamente ejerció la presidencia de ASEAN, sino que también lideró las reuniones de la Asociación Económica Integral Regional, el tratado de libre comercio más grande de la historia.

Como contrapartida, las relaciones de los principales países de ASEAN con la dictadura de Myanmar están atravesando su peor momento. El Gobierno birmano sigue aislado, solo apoyado informalmente por China y Rusia, y como consecuencia de eso, no fue incluido en la reunión de ASEAN en Yakarta. La situación de Myanmar es insostenible: la violación sistemática de los derechos humanos, la forma artera y cruel con que los militares la realizan y la persecución a los disidentes están alcanzando grados impactantes y desconocidos para este momento del siglo XXI.

No obstante, ASEAN como institución sigue intentando, con todas sus dificultades y retrocesos, convertirse en un espacio que pueda sobrevivir a la presión y a la polarización de la política regional. Ello se da en un momento en el que los grandes hegemonos se debaten su influencia en la región. Por ello, ASEAN y sus miembros siguen siendo un espacio geopolítico que los países de América Latina deberían mirar cada vez con mayor interés, para de llevarse por los cantos de sirena del Norte Global.

Un nuevo clima de época

Finalmente, a este cóctel de desafíos para la comunidad global, debe sumársele una crisis climática que ha alcanzado nuevos niveles de peligro en este año, en el que las olas de calor, tifones, sequías e inundaciones han monopolizado los portales de noticias, afectando de manera particular a los países con infraestructuras más frágiles. La promesa de que estos fenómenos extremos continuarán intensificándose en las próximas décadas suma a una angustia por las condiciones de vida que cada vez se esparce más entre nuestras sociedades.

Ante estos desafíos comunes, queda por ver cuál será el accionar de las organizaciones de la sociedad civil formales e informales que solieron jugar un papel muy importante en los cambios políticos de la última década, desde la estimulación de nuevos empleos a la movilización transnacional prodemocracia y la implementación de políticas verdes. No obstante, frente a una realidad agobiante, el cansancio y la frustración frente a una realidad cada vez más desafiante nos deja con la desazón del interrogante no respondido de si acaso se puede hacer algo positivo a estas alturas o si, más bien, el futuro de la política deberá dedicarse casi exclusivamente a paliar las consecuencias negativas de los errores del pasado de la política.



Grupo de Estudios sobre Asia y América Latina
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe
Universidad de Buenos Aires